

LIBROS

**Francisco Rodríguez Jiménez,
Carmelo Mesa-Lago
y Pablo Pardo**

TRUMP. BREVE HISTORIA
DE UNA PRESIDENCIA
SINGULAR

**Christopher
Domínguez Michael**
MAIAKOVSKI PUNK Y OTRAS FIGURAS
DEL SIGLO XXI

Rodrigo Martínez Baracs

EL CONOCIMIENTO DE HERNANDO CORTÉS

Antonio Di Benedetto

ESCRITOS DEL EXILIO. TEXTOS DESDE MADRID
1978-1983

José María Lassalle

EL LIBERALISMO HERIDO. REIVINDICACIÓN DE
LA LIBERTAD FRENTE A LA NOSTALGIA DEL
AUTORITARISMO

Jhumpa Lahiri

EL ATUENDO DE LOS LIBROS

ENSAYO

Una radiografía del trumpismo

por **Armando Chaguaceda**



Francisco Rodríguez Jiménez, Carmelo Mesa-Lago y Pablo Pardo
TRUMP. BREVE HISTORIA DE UNA PRESIDENCIA SINGULAR
Granada, Comares, 2022, 204 pp.

Conforme el empresario Donald Trump, convertido en el 45° presidente de Estados Unidos, devino fenómeno mediático, las pasiones desatadas se viralizaron. Sus defensores —provenientes de clase trabajadora blanca empobrecida, *businessmen* descontentos con la democracia liberal y algunos intelectuales conservadores en deriva reaccionaria— llegaron a calificarlo como un campeón de la libertad. Sus adversarios —clases medias, minorías y buena parte de las élites

ilustradas de Occidente— lo etiquetaron como un fascista de nuevo cuño. Pero, como han alertado varios autores,* los autoritarismos contemporáneos asumen diversos ropajes, por lo que es aconsejable evitar la simplificación ideológica y abrirnos a la diversidad de trayectorias y genealogías.

Trump. Breve historia de una presidencia singular viene a superar esa lógica binaria. Desde una perspectiva analítica y política abiertamente cívica, crítica con el personaje (y con el fenómeno llamado trumpismo, estructurado en torno suyo), el economista Carmelo Mesa-Lago, el historiador Francisco Rodríguez Jiménez y el internacionalista y periodista Pablo Pardo han formado un equipo estelar para escribir una obra magnífica. Con prosa asequible, los autores

*Véase Kurt Weyland, *Assault on democracy. Communism, fascism, and authoritarianism during the interwar years*, Cambridge University Press, 2021, y A. Chaguaceda y L. Duno-Gottberg (coords.), *La derecha como autoritarismo en el siglo XXI*, Buenos Aires, CADAL/Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos AC/Rice University, 2020.

abordan el objeto desde la multi-causalidad de cualquier fenómeno histórico, condensando una historia breve de los antecedentes familiares —incluidos su origen inmigrante, episodios racistas y voracidad capitalista de su padre— y rasgos personales de Trump, así como su carrera empresarial y política. El libro además aporta un balance de la presidencia de Trump, sólidamente sustentado en fuentes bibliográficas, hemerográficas y entrevistas a personalidades.

Para comprender el fenómeno Trump, los autores nos invitan a revisar el contexto sociocultural previo. La crisis económica global de 2008, el auge de la inmigración y el miedo al terrorismo desencadenaron en Estados Unidos una reacción de desconfianza hacia la política tradicional, sustentada en el deterioro socioeconómico de millones de estadounidenses blancos de clase media baja, con bajo nivel educativo y de ingreso. Así, el trumpismo apareció como la expresión norteamericana del deterioro de las preferencias democráticas en todo el Occidente.

Trump sedujo el alma aislacionista de millones de sus compatriotas, con la irrealizable promesa de desconectar a su país de los compromisos geopolíticos y las instituciones globales. Apostando por una suerte de “aislacionismo-militarista” donde se incrementaban los presupuestos de Defensa y Seguridad Interior, mientras se reducían los del Departamento de Estado y las agencias encargadas de la ayuda exterior, medio ambiente, salud y educación. Su lema de campaña, emanado del libro *How to make America great again*, simplificaba el modo en que una superpotencia como Estados Unidos garantiza sus objetivos e intereses en un mundo globalizado del cual se beneficia. Esto se tradujo en movidas para abandonar esquemas multilaterales (el acuerdo para la lucha contra el cambio climático, el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio, el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica) o instituciones como la UNESCO y la OMS.

Sin experiencia previa en ninguna rama de la administración federal —algo inédito—, el estilo de Trump generó problemas de comunicación y coordinación gubernamentales. Alardeando de no preparar las reuniones y leer poca información, la gestión del presidente llevó a que el jefe del gabinete, el secretario de Defensa, el consejero de Seguridad Nacional y el jefe del Estado Mayor Conjunto, entre otros funcionarios, conformasen *ad hoc* un equipo apagafuegos llamado “el eje de los adultos”. El nombramiento de personas como Rex Tillerson, expresidente de ExxonMobil al frente del Departamento de Estado, levantó las alarmas incluso dentro del propio Partido Republicano sobre la excesiva desprofesionalización y desmesurada influencia del sector privado en la diplomacia. El nepotismo se expresó con los roles asignados a la hija del presidente Ivanka Trump y su yerno Jared Kushner en diversas misiones en Rusia, Oriente Próximo o México.

La política exterior de Trump, evaluada en la obra, se caracterizó por generar controversias, ante su agenda sobre América Latina y la migración; su actitud complaciente con Arabia Saudí y Putin; el abandono de la solución de dos Estados para el conflicto entre Israel y Palestina; y los roces innecesarios con los aliados democráticos europeos. En una ruptura con la tradición política estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial, desatendió la promoción global de la democracia y los derechos humanos. No obstante, los autores insisten en que Trump fue, pese a sus deseos, más populista verbal que factual. Sus arranques y agenda desinstitucionalizadores no pudieron implementarse cabalmente. El Congreso, el Departamento de Estado, diversos *lobbies*, los medios de comunicación y la sociedad civil movilizadas actuaron como frenos de sus peores excesos.

En materia económica, Trump mantuvo tendencias anteriores, incluido el incremento de la desigualdad y de la carga fiscal sobre los trabajadores, el deterioro de las cuentas públicas y la tercerización de la economía. La política económica de Trump se basó en reducir masivamente la presión impositiva sobre las grandes empresas, disparando el déficit público, mientras se recortaban las medidas de seguridad en el trabajo, las regulaciones al sector financiero y las protecciones medioambientales. Con Trump en la Casa Blanca, el PIB creció el 2.5% en promedio entre 2017 y 2019, la misma cifra de los tres primeros años del segundo mandato de Barack Obama.

Su retórica populista, en la práctica, privilegió a las grandes empresas. Si bien los pobres se hicieron algo menos pobres —por la reducción del desempleo— la distancia entre ricos y pobres aumentó. Como destacan los autores, la mejoría de los sectores menos educados de la población fue coyuntural y se revirtió tan pronto como llegó la covid-19 y desencadenó una recesión. Hoy la capacidad

de la población con menos estudios para encontrar trabajos mínimamente remunerados sigue desplomándose, en un proceso acelerado por una automatización que golpea a los empleos de baja cualificación.

En materia de economía política, el trumpismo ha reproducido viejas lógicas aparentemente ajenas al espíritu de Estados Unidos como el patrimonialismo y el mercantilismo. El entrelazamiento de los intereses políticos y empresariales, una constante en la carrera como empresario de Trump, se extendió durante su periodo como jefe del Estado y del gobierno. Trump no puso sus intereses económicos en un “fideicomiso ciego”, separando sus actividades privadas de su cargo público. La actitud transaccional, transformada en política pública, se evidenció en la confusión entre el Estado (el regulador), el político y la empresa. La idea de que un país debe exportar más de lo que importa, en una economía globalizada como la norteamericana, tuvo un (poco realizable) talante mercantilista.

Sin embargo, las políticas de Trump en materia comercial y hacia China van a ser legados duraderos e importantes. Aunque con un sesgo más multilateralista, Biden ha mantenido los aranceles al acero y al aluminio de la Unión Europea, y ha logrado que las capitales europeas endurezcan sus políticas hacia Rusia y China. Muchos países occidentales comparten el temor de Trump a que un sistema autoritario como China pudiera llegar a controlar la tecnología 5G a través de empresas como Huawei.

Los autores también analizan el terrible impacto de la covid-19. Trump ignoró las propuestas del Consejo Nacional de Seguridad (CNS) sobre cómo afrontar una pandemia, demorando dos meses la adopción de medidas. Al estilo de otros populistas —como los presidentes de México y Brasil, Andrés Manuel López Obrador y Jair Bolsonaro—, desoyó la utilidad de la mascarilla y apareció sin

cubre bocas en televisión, rodeado de asesores y aliados, mientras recomendaba el uso de supuestos químicos milagrosos. Ordenó que los hospitales dejaran de informar sobre el número de casos y muertes a los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) y pasaran directamente esa información a la secretaria de Salud, una incondicional del presidente. Y llegó al extremo de culpar a los medios de comunicación y a los demócratas de exagerar el peligro.

Bajo la presidencia de Donald Trump, el Congreso aprobó dos paquetes de rescate económico. La mayor ayuda se otorgó a las grandes corporaciones: el propio presidente y su yerno se habrían beneficiado del primer paquete de rescate que concedió retroactivamente recortes de impuestos pagados antes de la covid-19 a magnates de desarrollos inmobiliarios. Sin embargo, los afroamericanos e hispanos se beneficiaron menos de los paquetes de rescate, padecieron tres veces la probabilidad de infectarse por el virus que los blancos y vieron duplicada su probabilidad de morir. Entre los pobres se incrementó la desnutrición y los afroamericanos padecieron el doble de inseguridad alimenticia que los blancos.

Los autores reconocen que, dentro del nuevo escenario sociopolítico de Estados Unidos, se ha consolidado un cambio identitario iniciado hace poco más de medio siglo. En Estados Unidos continúan las desigualdades de ingresos y educación, la división entre zonas urbanas y las rurales, la tensión entre los blancos y las otras etnias, el enfrentamiento entre creyentes y laicos. Cuestiones como el nivel económico son mucho menos relevantes que la cultura o la identidad. Una parte considerable de los votantes de los dos partidos ven a sus oponentes como enemigos, con un grado de radicalización mayor entre los republicanos.

En este panorama, los republicanos apelan, con ventaja, a una coalición

más homogénea de personas de raza blanca, con convicciones religiosas profundas y convencidas de que el sistema sociopolítico estadounidense está en peligro por el multiculturalismo y los inmigrantes. Como alertan los autores, los factores que generaron el trumpismo continúan vivos. —

ARMANDO CHAGUACEDA es politólogo e historiador, especializado en el estudio de la democracia y los autoritarismos en Latinoamérica y Rusia.

CRÍTICA LITERARIA

La Universidad Desconocida

por **Antonio Villarruel**



Christopher Domínguez Michael
MAIA KOVSKI PUNK
Y OTRAS FIGURAS
DEL SIGLO XXI
Ciudad de México,
Taurus, 2022, 648 pp.

Veo a Christopher Domínguez Michael como el penúltimo de los herederos de una familia casi extinta de hombres de letras. Esto no quiere decir que esté de acuerdo con él políticamente —las más de las veces no lo estoy, aunque ambos hayamos tenido padres que soñaban con una suerte de Cortina de Hierro épica y anacrónica, a la latinoamericana—. Sí pretendo que esto explique, en cambio, que su labor solitaria, impar y a contracorriente, como crítico literario e historiador, remonta cualquier desavenencia política e invita a rescatar ese bien que poco a poco nos ha sido mezquinado a cambio de plazas comerciales y, mal de males, tuitazos: el espacio público como metáfora de deliberación, desacuerdo e intercambio de pensamiento crítico. La densidad de ideas requiere de las alusiones perdidas de las que hablaba Monsiváis y aparece con un mínimo dominio

del lenguaje, el mismo que, aprendo hoy después de años de leerlo, lo ha vuelto menos cáustico y muy dueño y señor de un sentido del humor felizmente judío, discreto, melancólico y que se activa las más de las veces con el autogol. Vean las páginas sobre *El Aleph engordado*. Son desternillantes.

Si algo nos enriqueció a quienes crecimos buscando los números de *Letras Libres* por las librerías y kioscos de América Latina, fue la excitación de esperar las últimas reseñas que allí aparecían, o los comentarios políticos de un señor que parecía intransigente con la más reciente moda editorial. Esa gravedad sobre los lectores, nobleza obliga, lo engrandeció a él mismo, que se volvió el crítico literario de cabecera de más de una generación que hacía sus pinitos pensando en cómo refutar o qué agregar a lo que acababa de leer, o guardando, como hice durante años, las impresiones que se podían descargar de la página web de *Letras Libres*. Célebre es, por ejemplo, la reseña de *2666*, que apareció unos meses después de que muriera Bolaño. Por todo ello, me produce un poco de vergüenza ajena cuando a Domínguez Michael se lo tacha de escritor conservador. Esta afirmación es inexacta y temeraria. Domínguez Michael es un antimoderno, como lo pensaría su admirado Antoine Compagnon, en el sentido de que la modernidad llegó, pasó, permeó y dejó una estela de desencanto en quienes vivieron su promesa de ardor y revolución. Es posible que él no haya reparado en ello, pero de Domínguez Michael salen más especulaciones nostálgicas por el paraíso político perdido, que ideas reales de un proyecto de centro-derecha, por ponerle en un lugar más o menos arbitrario en el espectro político. Su antimarxismo no son las ideas candorosas pasadas por el fuego de la imposibilidad del final de los deseos humanos. Es la evidencia afligida, iracunda y tristísima de su inaplicabilidad, gulags incluidos.

El libro más reciente de Domínguez Michael es un compendio aumentado de *Ateos, esnobs y otras ruinas*, publicado en Chile hace ya más de dos años. Consta de crítica, reseñas y pequeñas semblanzas biográficas de autores que escribió en el periódico *El Universal* y en *Letras Libres*. En el libro, y como es costumbre en la obra del crítico, muy pocas veces asoma la indulgencia con los sentimientos, propios o ajenos. Sin embargo, el artículo que abre las más de seiscientas páginas que vendrán, “Las ruinas de Palmira”, cuenta como uno de esos pequeños grandes homenajes a la literatura y el conocimiento. Consumada ya la teletransmisión de lo que sea, acabada la tangibilidad de las cosas, conmueve la pequeña historia, casi artesanal, casi borgiana, de un crítico que, al enterarse de la destrucción de la ciudad donde reinó Zenobia a principios de la cristiandad, recuerda la pertinencia de un libro escrito en los años de la Revolución francesa, no únicamente por su título, *Las ruinas de Palmira*, sino porque su autor, el conde de Volney, se dio a la delicada empresa de convencer a cualquiera de sus lectores de la iniquidad de las religiones y los despotismos.

Escribe Domínguez Michael: “Las tiranías, concluyen Volney y su invocado guía, son hijas de la ignorancia y solo la sensibilidad inteligente, garantizada por las constituciones republicanas, desenmascará a los curas y a los pastores, a los bonzos y a los brahmanes, a los rabinos y a los doctores islámicos, desterrando del mundo a la religión.” No creo que cristalice muy pronto esta desesperanza iluminada, el agnosticismo pesimista del crítico mexicano, pero sí alcanzo a intuir en esa decepción una muy humana derrota, la misma que aparece cuando el pensamiento trascendente se rinde ante la sinrazón.

Si hay algún título que no le hace favor a un libro, es el de *Maiakovski punk y otras figuras del siglo XXI*. Me parece que ni Maiakovski da para ser

muy Sex Pistol ni todas las cabezas que analiza son figuras paradigmáticas de este nuevo siglo. Le hubiera venido mejor para su vasta compilación el muy discreto “Qué hacer con César Aira”, donde busca saldar cuentas con ese escritor que publica libros como se hornean pizzas. Domínguez Michael es más optimista que yo respecto del valor de Aira en la República Mundial de las Letras —“es uno de los ingenios mayores de nuestra prosa”, escribe—, pero confieso no haber leído un texto más convincente que el suyo, y esto, aunque no lo cuenta, tiene una razón clarísima: el crítico se lanzó a leer al menos una docena de novelitas aereanas antes de escribir sus reseñas, y quedó en poder del conocimiento para hablar sobre el autor. Lo destilado, esa mezcla de *check* —“ok, no está mal”— con “todavía no cantan las sirenas en estos mares”, produjo un compendio de pequeños ensayos persuasivo y clarividente sobre el novelista de Coronel Pringles. Domínguez Michael recuerda las deudas del argentino con Roussel y la necesidad de acoplar el discurso de las vanguardias con su obra predecible de tan impredecible. Afrancesado como es —¿como debería serlo, al menos en parte, todo crítico literario?—, su baúl de referencias procede de la capital misma de la ya mencionada República, de donde obtiene su caja de herramientas, y a la que le sigue otra caja, más pequeña, ajada y barnizada, de gustos y lecturas inglesas, de donde saca el resto de sus credenciales.

Especial atención presta el crítico a lo que hoy llama “guerras culturales” o al vocabulario inocuo que se inventó la academia gringa para no ofender a nadie e incluir a todos, algo que, a la larga, da como resultado que todo siga igual salvo el lavado de conciencia de la blanquitud frente a lo que le pesa cuando va a lloriquear a sus divanes. Sus revisiones de textos universitarios o de autores que proceden del mundo anglosajón, y discuten la

cancelación, las políticas del deseo, las microrresistencias, decolonialidades o cualquier deslactosado procedente de la French Theory postestructuralista son iluminaciones inesperadas, viniendo de alguien no precisamente afecto ni interesado en las últimas tendencias del salón de clase o a los barrotes de la corrección política. Tengo para mí que Domínguez Michael sería un excelente profesor de La Universidad Desconocida, donde el ensueño del humanismo —lo idealiza demasiado hacia la derecha, debo decirlo— no tenga que ver necesariamente con las defensas reaccionarias de Allan Bloom o Saul Bellow, sino con la valoración del mejor y más fino pensamiento crítico, venga de donde venga. No lo será, bien sé que esta universidad originaria de la fantasía de Bolaño no existirá o existirá solamente en obras como las de Domínguez Michael, porque lo que ha ganado la academia con una pátina de falsa democracia lo ha perdido con la muerte de las discusiones sobre el canon —costoso precio que se paga en nombre de una representatividad cosmética y deslavazada— y el encumbriamiento del relativismo cultural.

Lo que se desperdicia en la sequía mental de tachar autores, quemar libros, prohibir opiniones, cancelar carreras académicas enteras o desprestigiar y mandar al cadalso tradiciones literarias enteras es bastante mayor que lo que se obtiene como premio: una policía especializada en detectar cualquier indicio de las maldiciones históricas que persiguen al primer mundo, todavía incapaz de subsanarlas. El nuevo colonialismo —palabra que jamás usaría Domínguez Michael— viene con lo que nos enseñan que está permitido decir y lo que es deber callar o, incluso, apoyar y leer. Allá ellos, como dice el crítico, que para mí quedan George Steiner y Harold Bloom, Martha Nussbaum y Edward Said, descansando con los mismos maestros latinoamericanos que más al norte son leídos como

anécdotas perspicaces o aventurados cerebros tropicales.

Es un alivio: *Maiakovski punk y otras figuras del siglo XXI* no sufre de estos males. Aquí se encuentran los ya citados más los escritores contemporáneos que, según el crítico, deben o merecen ser diseccionados. La universidad a la que asistimos sus lectores podría, bien visto, ser el recinto imaginario del pensamiento crítico, del espacio público y de la tozudez para que las ideas complejas, la erudición y la política no desaparezcan. —

ANTONIO VILLARRUEL (Quito, 1983) es crítico literario e investigador posdoctoral.

HISTORIA

¿Hernando Cortés visto de frente?

por **David Noria**



Rodrigo Martínez Baracs
EL CONOCIMIENTO DE
HERNANDO CORTÉS
Ciudad de México,
Academia Mexicana de la
Historia-SEP, 2021, 72 pp.

El valor de la historiografía, más allá de indicar a los especialistas el repertorio documental sobre una materia, consiste en propiciar una reflexión crítica de las ideas recibidas de la historia, entendida esta como el relato sobre el pasado. Así, el lector habituado a la historiografía está prevenido contra los usos y abusos de los grandes relatos. Para empezar, duda de ellos y busca asignarlos a corrientes y tendencias. No es inexacto decir que su temperamento es escéptico, y que ante las aseveraciones procede a tientas por el camino de la sospecha. Esto no implica, sin embargo, renunciar o escamotear el objetivo de la historia, que es la investigación de la verdad. Una cosa es

tener sentido crítico, otra es caer en la incredulidad o la ceguera.

Estas consideraciones más bien graves se desprenden de la lectura del opúsculo *El conocimiento de Hernando Cortés* de Rodrigo Martínez Baracs. El libro expone la secuencia de las apariciones del conquistador en las fuentes desde su propia época hasta nuestros días, como si se tratara de un escenario donde vemos manifestarse alternativamente diferentes versiones del mismo hombre. No es este el lugar para glosar cinco siglos de peripecias documentales. Lo fundamental lo ha hecho el autor en su ameno y ceñido estudio que cumple la función de revelar los cimientos testimoniales sobre los que se han levantado, y se siguen levantando, diversos edificios interpretativos. Cabe resaltar que, aun después del benemérito trabajo de los *Documentos cortesianos* de su padre José Luis Martínez y de las aportaciones de la historiadora María del Carmen Martínez, entre muchos otros, Martínez Baracs hace el llamado a seguir editando fuentes aun mal conocidas como el juicio de residencia de Cortés (1526-1545) o a realizar una edición bilingüe náhuatl-español del libro XII de la conquista del *Códice florentino*, que ya se conoce en inglés. No en balde el autor ha visto en Joaquín García Icazbalceta, que también se dedicó a rescatar y editar acervos fundamentales a mediados del siglo XIX en México, una figura tutelar de su labor y vocación de historiador.

Cortés es uno de esos casos-límite de las paradojas y encrucijadas que implican el estudio y la (in)comprensión del pasado, no porque antes no hubiera personajes que correspondan a sus atributos —conquistadores sobran en los anales de la historia—, sino porque pocos fantasmas comprometen todavía tantas pasiones, actos, gestos y gesticulaciones de los vivos. Alejandro o Julio César ya pertenecen solo a los eruditos, y no les quita el sueño a los iraníes o a los franceses contemporáneos el recuerdo de quienes en otro

tiempo dominaron lo que hoy son sus países. Con Cortés pasa algo totalmente diferente. El hecho es que prácticamente toda reflexión sobre México, el Nuevo Mundo y aun España, tarde o temprano, paga un gravoso peaje ante el episodio de la conquista, en que el extremeño ocupa un lugar central, que no exclusivo.

Por todo ello, *El conocimiento de Hernando Cortés* abre con un saludable ejercicio de distanciamiento y perspectiva: “Si se considera la conquista de México desde la perspectiva de la larga duración, la del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos, sobre la que insistió Miguel León-Portilla (1926-2019), y que se aplica tanto al descubrimiento de 1492 como a la conquista de 1517-1521, la historia narrativa de la conquista podría parecer cosa menor, anecdótica, pues, aunque los mexicas hubiesen derrotado a los españoles y no hubiese caído Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521, de todas maneras se hubiese producido la terrible catástrofe demográfica americana y una gran revolución tecnológica-cultural que hubiese irradiado a todos los aspectos de la vida, y de cualquier manera América hubiese quedado integrada al sistema económico mundial que iniciaba su globalización a fines del siglo XV. Y finalmente hubiesen sido conquistados e invadidos, a corto o mediano plazo, como lo fue el resto del continente americano, por españoles, portugueses, ingleses, franceses y holandeses.”

Lo cierto es que, al evocar el concepto de Encuentro de Dos Mundos, se plantea en seguida la cuestión de las condiciones o características que esas sociedades presentaban. En lo que se refiere al Viejo Mundo, su imaginario privilegiaba la idea de monarquía y —como queda explícito en el caso de Carlos V— de imperio. La expansión territorial, la conquista propiamente dicha es un presupuesto. Unida íntimamente a ello, está la cristiandad de Occidente, que por definición se oponía al islam (son los tiempos de

Solimán el Magnífico y las cruzadas), y luego a todos los infieles y herejes: Lutero aparecerá como un enemigo insidioso. Por si fuera poco, se trataba de una sociedad en la que los hombres se enlistaban en la guerra para ganar botines, tierras y riquezas, combatieran en Túnez, Borgoña o Argelia. Se entiende que, por así decir, la lógica de ese mundo desembocó en su imposición en América con los rasgos que conocemos. Cortés u otro, los capitanes encarnaban esas realidades sancionadas por su época. Dicho esto, ¿cómo juzgar entonces a los personajes? ¿Lo adjudicaremos todo, justificándolo, al imaginario social? Las propias fuentes sugieren que no.

Ya para su propia época Cortés y el orden que impulsó fueron muy cuestionados. De ahí que Carlos V, después de reconocerlo, le quitara sus investiduras más vistosas; de ahí también que muy pronto se censuraran las *Cartas de relación*, en 1527. En efecto, saber lo que había pasado en México comprometía al emperador de cara a sus rivales europeos que podían achacarle el trato poco cristiano (en la fraseología contemporánea se diría simplemente inhumano) dispensado a los habitantes del Nuevo Mundo, al tiempo que la codicia de los conquistadores, sobre todo en tanto “empresarios particulares”, podía contagiarse a más súbditos provocando, si cabe, una situación todavía más difícil de gobernar, aunque tan solo fuera por la extensión desproporcionada de los territorios bajo su égida, desproporción que de alguna manera hacía eco en el rostro del emperador, desfigurado por el prognatismo de los Habsburgo. Carlos V, que dudaba de todo, dudaba también de Cortés, que acaso se le presentaba en sueños como una de esas arañas que tanto asustaban al monarca. En verdad, los ojos, los pies y las manos de Cortés parecían multiplicarse también e inmiscuirse en más asuntos y territorios.

Otra prueba de la reacción contra Cortés es la campaña de Las Casas, cuyos escritos, polémicas y visitas a la

corte propiciaron las Nuevas Leyes de 1542-43, con la ambigua suerte que conocemos. Fue en contraste a la forma violenta de asentarse en América que el mismo Carlos V —al fin a la cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico— envió a Venezuela delegaciones alemanas y buscó llevar a Yucatán al almirante flamenco Adolfo de Veere con un contingente de campesinos holandeses, disposiciones ambas que se vieron frustradas, dicen algunos, por el nacionalismo español. Cito la opinión de Otto de Habsburgo, uno de los biógrafos modernos de Carlos V: “Respetando los grandes méritos de Cortés, a quien visitó en Toledo cuando el conquistador estaba enfermo, y a quien le confirió un título, Carlos se esforzó por jamás identificarse con la política que el conquistador había seguido en México. Cuando Cortés, que se había vuelto a casar, quiso volver a contemplar México, la entrada a la capital le fue prohibida, pues su aparición habría podido despertar malos recuerdos en la población. Carlos nombró gobernador de la Nueva España a un hombre de otro género muy distinto, Antonio Mendoza.”¹

Aun concediendo que en la perspectiva de larga duración América hubiera quedado “integrada” al Viejo Mundo, hay que reconocer que quedó más bien subyugada. Por otro lado, si el hombre es responsable de sus acciones, Hernando Cortés no puede pasar por inocente de lo que hizo; si el libre albedrío existe en alguna medida, el encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo pudo ser de otra manera en lo que a humanidad se refiere. La capacidad de ver al otro o de respetarlo no eran finalmente ideas desconocidas para el Renacimiento. En el propio siglo XVI escucharemos a La Boétie, de dieciocho años, criticar radicalmente toda forma de servidumbre y a Montaigne decir que los habitantes de

América parecen más civilizados que los europeos, como lo recuerda el propio Martínez Baracs: “Montaigne no necesitó buscar en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, escrito en 1542 por fray Bartolomé de las Casas, ampliamente traducido, para condenar a los españoles por las conquistas de México y del Perú, sino que prefirió tomar como testimonio autoinculpatorio las alabanzas de Francisco López de Gómara a Hernando Cortés, en su traducción al francés.” Añadiría que Montaigne mantuvo trato muchos años con un explorador de Brasil, que se convirtió en un informante digno de su confianza, como se lee en el ensayo “De los caníbales”.

Las acciones de los particulares no pueden, de hecho, deducirse de las grandes corrientes. A veces no pesa tanto el *qué*, sino el *cómo*. Por más que se intente,² la figura de Cortés no es simpática. No lo fue en la propia

² Lo ha intentado Christian Duverger en su *Cortés. La biografía más reveladora* (Taurus, 2012), ante el cual el propio José Luis Martínez opuso reparos en su prólogo a la edición en español.

¹ Otto de Habsburgo, *Charles Quint. Un empereur pour l'Europe*, Bruselas, Éditions Racines, 1999, p. 220.



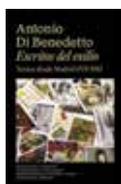
Europa de su época, mucho menos en América. En cambio, sí es fascinante (“sus proezas sobrepasaron sin duda la Expedición de los Diez Mil descrita por Jenofonte”, reconoce Otto de Habsburgo), y sobre todo, como lo señala Martínez Baracs, fundamental a la hora “de conocernos y reconocernos a nosotros mismos de manera radical, en nuestras raíces, en nuestro impredecible mestizaje”. Diría incluso que criticar a Cortés implica una crítica de la tradición mexicana, a pesar de lo que corrientemente se piensa. En este sentido, sí es el primer mexicano, a condición de reconocer en él, en su figura temeraria y peligrosa, seductora y autoritaria, no exenta de genio, pasión y contradicciones, los signos de una herencia que hay que transformar continuamente. —

DAVID NORIA (Ciudad de México, 1993) es escritor y filólogo. Autor de *Nuestra lengua. Ensayo sobre la historia del español* (Academia Mexicana de la Lengua, 2021).

PERIODISMO

La fascinación cosmopolita

por **Enrique Schmukler**



Antonio Di Benedetto
ESCRITOS DEL EXILIO.
TEXTOS DESDE
MADRID 1978-1983
 Buenos Aires, Adriana
 Hidalgo, 2022, 680 pp.

Nacido en Mendoza en 1922, Antonio Di Benedetto habría cumplido cien años en noviembre pasado. En aquella ciudad enclavada en el desierto cuyano pasó la mayor parte de sus días hasta el golpe de Estado cívico-militar del 24 de marzo de 1976. Ese mismo día fue secuestrado de la redacción del tradicional diario *Los Andes* —del que era subdirector— por uno de los tantos grupos de tareas que comenzaban a

patrullar el horror a lo largo y ancho del país persiguiendo, secuestrando y asesinando. Gracias a que algunas personalidades públicas —Borges y Sabato, entre otros— se preocuparon por su suerte fue puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, algo que en aquellos años de desapariciones y asesinatos camuflados de “enfrentamientos” equivalía a obtener un salvoconducto providencial para conservar la vida. Confinado en el Penal de La Plata hasta 1977, en la soledad del encierro supo que, si bien sus perseguidores habían fracasado en su primer intento, no tardarían en volver a la carga. Eliminarlo, como a otros artistas y escritores, era su objetivo. De manera que sin más alternativa que quedarse en el país y exponerse a una casi segura muerte o irse, ni bien recuperó la libertad, con las pocas pertenencias que aún tenía a mano, partió al exilio.

Di Benedetto llegó a Europa en diciembre de 1977. Luego de pasar por París, se instaló en Madrid hasta 1984, año en que volvió a la Argentina para morir en 1986, a causa de un accidente cerebrovascular. Hasta finales del año pasado, cuando la editorial argentina Adriana Hidalgo publicó *Escritos del exilio. Textos desde Madrid 1978-1983*, se sabía bastante poco de su periodo madrileño. Que esos años incidieron en su visión del mundo y en su poética podía deducirse de sus por momentos estremecedores *Cuentos del exilio* (1984), el primero de los dos únicos libros que publicó en Argentina antes de morir (junto con la novela *Sombras, nada más...*, de 1985). Pero ¿qué había hecho el autor de *Zama* (1956) durante todos aquellos años? ¿De qué había vivido? Si tomamos por cierta la versión de Roberto Bolaño en el cuento “Sensini”, Di Benedetto en España habría tenido una existencia precaria, de privaciones económicas que apenas alcanzaba a conjurar presentándose compulsivamente a concursos de cuentos.

Este libro editado por Liliana Reales y Mauro Caponi suministra claves de lectura que relativizan esa imagen. Es cierto que el primer año en Europa fue difícil para él, y que recién comenzó a amoldarse a su nueva vida cuando consiguió un trabajo bastante regular como colaborador desde el extranjero del diario *Clarín* de Buenos Aires. Sin embargo, todo pareció mejorar hacia 1978, cuando fue designado presidente del Consejo de Redacción de la revista *Consulta Semanal*, por entonces una de las publicaciones médicas más importantes de Madrid, que contaba con el apoyo publicitario de importantes compañías farmacéuticas. Además de las dedicadas a temas exclusivamente científicos, la revista contaba con una sección de temas culturales en la que se reseñaban libros, se comentaban estrenos cinematográficos y teatrales y se daba cuenta del floreciente mundo cultural español en los años de la transición. En esa sección Di Benedetto publicó, firmados con nombre propio o con seudónimo, una importante cantidad de textos. La antología recupera la totalidad de los firmados con su nombre y una buena cantidad de los firmados con sus seudónimos más frecuentes: Ben Simple y Greco, entre ellos. También otros textos publicados en el diario *El País* y la revista *Arteguía*, ambos de Madrid.

Escritos del exilio. Textos desde Madrid 1978-1983 corrobora aquello que Theodor W. Adorno escribió en *Minima moralia*: que el único hogar posible del escritor exiliado es la escritura. El que Di Benedetto habitó durante su destierro español tenía varios ambientes, un salón en el que se ocupaba preferentemente de la literatura latinoamericana y española contemporáneas y una gran galería cautivada por reflexiones sobre algunos de los movimientos y los artistas más revulsivos de la vanguardia europea de entreguerras. Por sus pasillos la huella de su prosa

sin estridencias invita a volver a pensar la obra de Borges en la intimidad de una visita relámpago a Madrid o detenerse en el talento como ilustrador de Dalí cuando este se entrega al genio de otros (Boccaccio, Cervantes, Lautréamont, Sacher-Masoch, etc.). Pero la morada de la escritura es elástica. La avidez por la novedad que impera en el periodismo, incluso en el que se practicaba en una revista médica como la que Di Benedetto dirigía, también lo llevaba a las butacas del cine o del teatro. Cronista perspicaz, Di Benedetto se deja sorprender en estas páginas, con el criterio de un espectador claramente cosmopolita, tanto por la última película de Pier Paolo Pasolini estrenada en España (*Pajaritos y pajarracos*) como por una retrospectiva sobre Fassbinder o la paranormalidad industrial de *Poltergeist* de Spielberg. —

ENRIQUE SCHMUKLER (La Plata, 1976) es doctor en letras por la Universidad de París 8. Coordinó y editó, junto a Maya González Roux, el volumen colectivo *Seis formas de amar a Barthes* (Capital Intelectual, 2015).

ENSAYO

El liberalismo humanista y sus enemigos

por **Ángel Jaramillo**



José María Lassalle
EL LIBERALISMO
HERIDO.
REIVINDICACIÓN DE
LA LIBERTAD FRENTE
A LA NOSTALGIA DEL
AUTORITARISMO
Barcelona, Arpa, 2021,
208 pp.

Quizá la parte más conmovedora del libro *Liberalismo viejo y nuevo*, escrito por el diplomático e historiador de las ideas José Guilherme Merquior, sea el momento en que cita al Ortega y Gasset de *La rebelión de las masas*: “El

liberalismo es la suprema generosidad. El más noble grito que ha sonado en el planeta. La decisión de convivir con el enemigo: más aún con el enemigo más débil.” En la página 76 de su libro *El liberalismo herido*, José María Lassalle cita las mismas palabras del sabio español.

Para el lector atento no pasará inadvertida esta comunión entre importantes exponentes del pensamiento político brasileño y español. Se trata de dos defensores de la tradición liberal que entienden muy bien a quienes señalan las deficiencias de esa tradición. Merquior escribió libros muy estimables sobre los críticos del liberalismo, como sus tratados sobre Foucault y la escuela estructuralista; por su parte Lassalle se enfoca más en tratar de entender los dilemas a los que nos somete lo que él denomina el “populismo cibernético”.

El autor parte de un diagnóstico de la condición liberal en el siglo XXI. De acuerdo con su tesis —y puede que tenga razón—, el liberalismo surgido de la modernidad se encuentra en desventaja teórica y práctica frente a sus rivales, a los que no duda en llamar fascistas. Estos últimos, nos dice Lassalle, son más diestros en el manejo de las nuevas tecnologías digitales que están imponiendo una nueva cultura planetaria fundada en el poder de los algoritmos.

Aunque no discute a Yuval Noah Harari, Lassalle parece tener las mismas preocupaciones que el historiador

israelí. La tecnología digital que hace posible las redes sociales no se encuentra hoy en día regulada por un pensamiento humanista y liberal. Para alcanzar ese propósito, que podría considerarse el desafío de nuestro tiempo, se necesita una transformación del pensamiento liberal. Lassalle no lo dice con esas palabras, pero su proyecto podría entenderse como una especie de “liberalismo posmoderno”.

Tal vez la sugerencia de que el ciberfascismo contemporáneo procede del neoliberalismo sea la más controvertida en el libro. El Moby Dick particular de Lassalle no es el fascismo islámico, el comunismo o el fascismo clásico de principios del siglo XX. El autor piensa que el *Kulturkampf* de nuestra época proviene de lo que podríamos llamar el viraje economicista del liberalismo que, en el siglo XX, tuvo, entre otros, a la escuela austríaca de economía como uno de sus mayores exponentes. Es esta vertiente lo que realmente se debe entender como neoliberalismo y, sobre estas bases, no es difícil llegar a la conclusión de que para Lassalle fue el propio liberalismo el que procreó a su némesis. Se trata, sin duda, de una hipótesis muy provocadora que debe ser atendida, pues proviene de alguien que se considera un defensor de la democracia liberal.

Algo de razón tiene Lassalle si consideramos el maridaje del pensamiento neoliberal y las ideas radicales de la derecha trumpista en Estados Unidos.



¡Suscríbete! 12 números \$780 pesos mexicanos

Sin duda, es un rasgo que describe al multimillonario y visionario Peter Thiel –mencionado de manera prominente en este libro–, que ahora mismo intenta influir para lograr el regreso de Trump a la presidencia de Estados Unidos.

Es curioso, sin embargo, que Lassalle no se refiera a la Escuela de Claremont y a su gurú, Harry Jaffa, como la vanguardia intelectual y filosófica del trumpismo. En lugar de eso, procede a criticar a Leo

Strauss y la escuela straussiana. Creo que se equivoca sobre las ideas de Strauss, a quien parece entender a partir de la crítica hostil de académicos como Shadia Drury. A diferencia de Lassalle, pienso que Leo Strauss y algunos de sus pupilos, aunque no todos, son amigos del liberalismo. Admito que el autor no yerra del todo si consideramos que una rama del pensamiento straussiano –la de la Escuela de Claremont– está coqueteando muy peligrosamente con las

ideas fascistas. No obstante, también creo que no es una buena alternativa culpar al maestro por lo que propone uno de sus discípulos.

A pesar de esto, *El liberalismo berido* es un libro muy recomendable. La editorial Arpa, muy probablemente junto con el autor, decidió facilitar la lectura al no abrumar al lector con largas notas al pie. Por otro lado, uno aprende mucho de las fuentes que utilizó Lassalle, sobre todo las que se refieren a la tecnología digital.

LIBRO DEL MES

ENSAYO

El libro al desnudo

por **Didí Gutiérrez**



Jhumpa Lahiri
EL ATUENDO
DE LOS LIBROS
Querétaro, Gris Tormenta,
2022, 100 pp.

La editorial inglesa Wordsworth Editions encabeza siempre las listas de las peores portadas. Surgida a finales de los años ochenta, ofrece los libros de su colección de clásicos, en un precio de 2.99 libras esterlinas, unos setenta pesos, bajo el lema de “la mayor calidad al menor precio”. Y nadie duda del valor de las obras que publican, *El retrato de Dorian Gray*, *Orgullo y prejuicio, 1984*, pero los editores se han tomado en sentido literal ese dicho popular de que un libro no debe juzgarse por su cubierta, pues las suyas ejemplifican la impericia en el uso del Photoshop, parecen mal retocadas. Eso o son *collages* involuntarios. Desconcierta en la primera de forros de *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton, el estilo realista del atuendo de época que portan la condesa Olenska, su prima May y el prometido de esta, Newland, cuyos rostros más bien caricaturescos recuerdan a los de

Michelle Pfeiffer, Winona Ryder y Daniel Day-Lewis, quienes protagonizaron la adaptación en película, realizada por Martin Scorsese en 1993.

En redes sociales circuló, a principios de la pandemia, una imagen en la que aparece la periodista y conductora de televisión Pati Chapoy y la cita de lo que dice acerca de la ya mencionada obra de Jane Austen. Se compartía como meme, pero en realidad era una foto de la cuarta de forros del libro coeditado por Porrúa y TV Azteca, y que forma parte de una colección de trece títulos clásicos, con comentarios de contraportada de personajes de la farándula. No es que estas obras literarias, por sí solas, sean imanes de los famosos, sino que los derechos patrimoniales, que hace más de cien años pertenecían a sus autores y después a sus herederos, ahora son del dominio público y eso las ha puesto al alcance de cualquiera que desee publicarlas sin pedir permiso a nadie ni pagar nada a cambio. Entonces las editoriales aprovechan esta oportunidad, con resultados a veces inesperados.

Esto tampoco mejora cuando los autores están vivos y pudieran quejarse de la presentación física de sus libros si fuera el caso. O al menos ese es el escenario que plantea la escritora indobritánica-estadounidense Jhumpa Lahiri en *El atuendo de los libros*, una reflexión personalísima sobre la importancia de las portadas para la primera impresión, esa valoración que emitimos rápidamente, a partir de criterios superficiales como el aspecto del objeto y que se produce con un solo vistazo. Escrito originalmente en italiano como discurso inaugural de un festival literario en Florencia, aparece ahora en español en una de las pocas colecciones mexicanas sobre libros, junto a las del FCE y la UNAM. En el prólogo, Carla Faesler trae de vuelta la idea de teóricos literarios, como Barthes, Foucault y Eco, de que el libro, una vez impreso o publicado, deja de pertenecer a quien lo escribió; eso sí, dice, “en textos firmados (por ellos mismos), cómo no”. En la misma línea, Lahiri cuestiona los límites de la autoría, no

Si el neoliberalismo es el Moby Dick de Lassalle, Spinoza es su Virgilio. El filósofo judío puede considerarse, como lo describió Leo Strauss, el padre de la democracia liberal. La intervención liberal de Lassalle en su afán por encontrar una solución al problema del fascismo digital me parece crucial. Spinoza ha sido muy bien tratado por la izquierda, como le comentó Enrique Krauze a Jorge Luis Borges en una gran entrevista. Para poner un solo ejemplo

tenemos los escritos de Gilles Deleuze y, más recientemente, los de Antonio Negri. Por otro lado, no encontramos una gran simpatía por sus ideas entre la derecha radical. Y, aunque hay que decir que Nietzsche se consideraba un pupilo de Spinoza, la relación de las ideas nietzscheanas con el pensamiento de derecha es un asunto muy complejo.

De cualquier manera, Lassalle, me parece, hace muy bien en reclutar al autor de la *Ética* y del *Tratado*

teológico-político en la batalla del siglo XXI entre el liberalismo humanista y sus enemigos. Conuerdo con la idea general de Lassalle en el sentido de que el liberalismo se encuentra en una encrucijada y pienso que recuperar su tradición humanista, de Cicerón a Isaiah Berlin, teniendo a Spinoza como eje principal, no es solo una propuesta sugerente sino acertada. —

ÁNGEL JARAMILLO es ensayista, internacionalista e historiador de las ideas políticas.

respecto a las palabras sino a la de la materialidad de sus propios libros: como autora, asegura, nunca ha tenido la oportunidad de hablar con los diseñadores de sus cubiertas.

Pese a haber nacido en Londres, de padres bengalíes, y haberse criado en Estados Unidos, su nombre y aspecto hicieron toda la diferencia. Mientras su madre se empeñaba en que usara la vestimenta tradicional india, Lahiri buscaba parecerse a las demás niñas de la escuela para pasar inadvertida y evitar las burlas. Cuando empezó a publicar libros, revivió esa angustia infantil: algo más que le pertenecía debía ser revestido y presentado al mundo, y ese atuendo no sería, ¡otra vez!, una decisión que ella pudiera tomar. A menudo, la escritora tuvo que enfrentarse a propuestas de portada que estaban llenas de estereotipos orientales, elefantes, flores exóticas, garigoleos de henna, el río Ganges, símbolos religiosos o espirituales, y cuando expresó su inconformidad, le sugirieron, entonces, una bandera estadounidense. En todos esos casos, no supo si reír o llorar. “La cubierta correcta es como un abrigo hermoso, cálido y elegante que envuelve a mis palabras mientras caminan por el mundo para encontrarse con mis lectores.” En español, el envoltorio que protege la tapa dura de un libro se llama “camisa”.

¿Alguna vez hemos comprado un libro únicamente por su portada o nos hemos rehusado a hacerlo por eso mismo? Independientemente de que respondamos sí o no, es probable que por lo general valoremos más el contenido que el exterior. Pero para Lahiri cada uno de sus libros ha representado un capítulo de su vida, ante el cual casi siempre ha quedado descontenta. Y cómo no, si consideramos que la cubierta es donde se conjugan dos lenguajes distintos, el visual y el escrito; además de las ideas del editor, diseñador y autor, cuando bien va. Es complicado que todos queden satisfechos.

Lo ideal sería usar un uniforme, como el que vestían los primos de la autora en Calcuta, que les confería una

identidad específica pero también cierto anonimato. “El uniforme se resiste a la moda, la confusión y la inestabilidad. El uniforme deja al libro desnudo.” Lahiri fantasea con la lectura sin prejuicios de aquellos ejemplares —sin portadas y en un solo color— de la biblioteca de su padre, en los que solo se consignaban el título, el autor y la clasificación. Hoy en día, la relación lector-libro está mediada por muchos distractores: “Los libros desnudos han dejado de existir.” Lo más cercano serían las colecciones editoriales, cuyos ejemplares tienen un distintivo, pero a la vez son homogéneos. Su valor, dice Lahiri, reside en la constancia.

Un libro como este —sobre un tema tan inusual y desde una aproximación intimista— conduce inevitablemente al lector a comparar sus propias experiencias con las de la autora, ya sea para concordar o disentir. Los libreros de su casa, asegura Lahiri, muestran los libros de frente y no de perfil, como es más usual colocarlos, y no se trata de ejemplares de su autoría sino de libros ajenos que le gustan, como podrían ser los de bolsillo de la editorial Anchor, con cubiertas de Edward Gorey. El efecto que esto produce en la gente que la visita es que no puede dejar de verlos. Este pasaje me lleva a dos ideas: primero, lo poco práctico que resulta acomodar los libros de ese modo, a menos que uno tenga muebles gigantescos, y, segundo, que si se trata de llamar la atención de los lectores entonces las editoriales han ignorado el lomo, la única parte visible del libro tanto en los estantes de una librería como en nuestra biblioteca personal. Quizás, en materia de diseño, habría que cambiar de lugar las expectativas, en un afán de equilibrar la desigualdad entre la enorme cantidad de libros que se publican cada año y los que realmente se leen. —

DIDÍ GUTIÉRREZ es directora editorial del fanzine sobre moda y humor *Pinche Chica Chic* y editora independiente. En 2021 *Paraíso Perdido* publicó su primer libro, *Las Elegantes*.